

ANTONIO TABUCCHI

Para Isabel

Un mandala



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Antonio Tabucchi

Para Isabel

Un mandala

Traducción de Carlos Gumpert

Título de la edición original:

Per Isabel. Un mandala

© Giangiacomo Feltrinelli Editore Milán, 2013

Ilustración: © Alicia Savage

Primera edición: noviembre 2014

Esta primera novela póstuma de Antonio Tabucchi propicia el reencuentro con la voz amiga del escritor toscano fallecido hace casi tres años, con su inconfundible escritura, tan cálida como repleta de interrogantes, tan devastadora en su retrato de la laberíntica condición humana como acogedora en su ironía y permanente registro lúdico. Pero es también el reencuentro con dos esquivos y recurrentes personajes que han transitado por varios de sus libros, Tadeus e Isabel. El primero, en efecto, vuelve de la lejana constelación donde habita para, como el descreído Orfeo, arrancar a la segunda del olvido en que reposa. Pero encontrar a Isabel no será fácil y el narrador deberá recorrer los distintos círculos de un mandala para llegar al centro donde acaso ella le aguarde, y emprender un viaje, que mucho tiene de alucinación y ensueño, por el tiempo y el espacio, conversando con los personajes que la conocieron: la niñera de su infancia, sus compañeros de luchas antisalazaristas, el carcelero que la ayudó a escapar, un excéntrico sacerdote de Macao, un poeta moribundo, para culminar con Xavier, el personaje de *Nocturno hindú*, otro ilustre miembro del linaje de los desaparecidos tabucchianos.

Y el retrato colectivo que acaba trazándose de esta mujer de vida doliente será, una vez más, caleidoscópico y contradictorio y, como la línea del horizonte, se aleja a medida que avanza la excéntrica investigación de ese Philip Marlowe metafísico en el que va convirtiéndose Tadeus.

Escrito en 1996, pero concebido mucho antes y mencionado varias veces después, este libro acompañó a Tabucchi durante muchos años. Un crítico italiano ha sugerido que si no se decidió a publicarlo en su momento fue porque llegó a sumergirse en su escritura más que en ninguno de sus libros. Fuera o no así, lo indudable es que esta extraordinaria novela, tan breve e intensa como *Réquiem*, es un auténtico compendio de todos los grandes temas tabucchianos: la vida como laberinto inextricable, el viaje como metáfora de la búsqueda existencial, la ligazón entre historia individual y colectiva, el tiempo y la muerte, los recovecos de la memoria y el olvido, con la habitual maestría de su autor para barajar elementos heterogéneos y personajes inolvidables.

Un regalo para los lectores, un relato tan apasionante como perturbador, la voz de Tabucchi de nuevo entre nosotros.

«Novela a cuya sugestión no será fácil que el lector pueda sustraerse, Tabucchi vive y dilata sus historias siguiendo la reflexión sobre el ser y el tiempo que siempre lo ha acompañado. Para Isabel no es un relato de Antonio Tabucchi, sino que en cierta manera puede definirse como *el* relato, ese que durante muchos años estuvo intentando escribir» (Paolo Mauri, *La Repubblica*).

«La enésima gran tesela de esa fantasmagórica y melancólica cosmogonía de la ausencia que Tabucchi ha ido compilando novela tras novela, relato tras relato» (Andrea Bajani, *Il Solé 24 Ore*).

«Es el relato por excelencia, podría decirse; un viaje sin centro, entre sueño, memoria y delirio» (Renato Minore, *Il Messaggero*).

Este libro, en la hipótesis del mandala, debería estar dedicado a una mujer en el círculo de la Evocación. Pero en la hipótesis terrestre está dedicado a mi amiga Tees, que en realidad no se llama así, aunque así la llame yo.

Y con ella a Sergio, viejo amigo.

Quién sabe, quizá los

muertos tengan otras usanzas.
SÓFOCLES, *Antígona*

JUSTIFICACIÓN EN FORMA DE NOTA

Obsesiones privadas, pesarasas añoranzas personales que el tiempo corroe pero no transforma, igual que el agua de un río alisa sus guijarros, fantasías incongruentes e inadecuación a lo real son los principales motores de este libro. Pero no podría negar que en él ha influido el haber visto a un monje vestido de rojo que, en una noche de verano, dibujaba para mí, con sus polvillos colorados, sobre la desnuda piedra, un mandala de la Conciencia. Y el haber tenido ocasión de leer, aquella misma noche, un breve escrito de Hölderlin que hacía un mes que llevaba en la maleta sin hallar nunca tiempo para leerlo. Las palabras de Hölderlin, que subrayé aquella noche, antes de que la luna completara su última fase, son éstas: «La trágicamente medida fatiga del tiempo, cuyo objeto, sin embargo, no interesa propiamente al corazón, sigue con la mayor desmesura al arrebatador espíritu del tiempo, y éste aparece entonces ferozmente, no de modo que guarde respeto a los hombres, como un espíritu en el día, sino que carece de miramientos, como espíritu de la siempre viviente ferocidad no escrita y del mundo de los muertos.»

Podrá parecer curioso que un escritor, pasados los cincuenta años y después de haber publicado tantos libros, sienta aún la necesidad de justificar las aventuras de su escritura. Me parece curioso a mí también. Es probable que no haya resuelto todavía el dilema de si se trata de un sentimiento de culpa en relación con el mundo o, más sencillamente, de una fallida elaboración del luto. Como es natural, hay otras eventuales hipótesis aceptables. Quiero subrayar que, en aquella noche de verano, tuve ocasión de volar a Nápoles con la fantasía, porque en aquel cielo lejano lucía una luna llena. Y era una luna roja.

A.T.

1. Primer círculo. Mónica. Lisboa. Evocación

No había estado nunca en el Tavares en toda mi vida. El Tavares es el restaurante más lujoso de Lisboa, en él hay espejos de estuco dorado y sillas de terciopelo, se come cocina internacional aunque también la típica cocina portuguesa, preparada sin embargo con delicadeza, por ejemplo, tú pides cerdo con almejas, como se hace en Alentejo, y ellos te lo cocinan como si fuera un plato parisino, o por lo menos eso me habían dicho. Pero no había estado nunca allí, tan sólo había oído hablar de él. Tomé un autobús hasta Intendente. La plaza estaba llena de putas y de chulos. La tarde tocaba a su fin, yo llegaba con antelación. Entré en un viejo café que conocía, un café con billares, y me puse a mirar el juego. Había un viejecillo al que le faltaba una pierna que jugaba apoyado en una muleta, tenía los ojos claros y el pelo crespo y blanco, derribaba palillos como si se bebiera un vaso de agua, limpió a todos los presentes y luego se sentó en una silla y se dio un golpecillo en el vientre como si se dispusiera a digerir.

¿Amigo, te va una partida?, me preguntó. No, contesté yo, contigo perdería sin duda alguna, si te apetece podemos jugarnos un vasito de Oporto, me hace falta un aperitivo, pero, si lo prefieres, te invito con mucho gusto. El me miró y sonrió. Tienes un acento raro, añadió, ¿eres extranjero? Un poco, contesté. ¿De dónde vienes?, preguntó. De los alrededores de Sirio, dije yo. No conozco esa ciudad, replicó él, ¿a qué país pertenece? Al Can Mayor, dije yo. Bah, dijo él, con todos los países nuevos que hay ahora en el mundo. Se rascó la espalda con el taco del billar. ¿Y cómo te llamas?, preguntó. Me llamo Waclaw, contesté, pero ése no es más que mi nombre de bautismo, para los amigos soy Tadeus. El relajó su gesto de desconfianza y exhibió una ancha sonrisa. Así que estás bautizado, dijo, de modo que eres cristiano, entonces soy yo quien te invita a beber algo, ¿qué tomas? Dije que me tomaría un Oporto blanco y él llamó al camarero. Ya me he dado cuenta de qué es lo que te hace falta, continuó el hombrecillo, te hace falta una mujer, una guapa mujer africana de dieciocho años, te costará poco, es casi virgen, llegó ayer de Cabo

Verde. No, gracias, dije yo, voy a tener que irme enseguida, intentaré encontrar un taxi, esta noche tengo una cita importante, no tengo tiempo para chicas en estos momentos. El me miró con aire perplejo. Hum, dijo, pero, entonces, ¿qué andas buscando por aquí? Yo encendí un cigarrillo y permanecí en silencio. Yo también estoy buscando a una mujer, dije luego, y voy preguntando por ella, me he parado aquí por casualidad, para matar el tiempo, porque tengo una cita con una señora que puede darme cierta información y quiero oír lo que me cuenta, y, por cierto, ya es hora de que me vaya, hay un taxi libre en la parada, tengo que darme prisa.

Espera un momento, dijo él, ¿para qué buscas a esa mujer?, ¿la echas de menos? Tal vez, contesté yo, digamos que he perdido su rastro y que he venido a propósito desde el Can Mayor para buscarla, quisiera saber algo más, por esa razón tengo una cita. ¿Y dónde tienes esa cita?, me preguntó él. En el restaurante más elegante de Lisboa, contesté, un lugar de espejos y de cristales, no he estado nunca allí, creo que costará bastante, pero, total, no soy yo el que paga, qué quieres, amigo, estoy aquí de permiso y llevo poca calderilla encima, me conviene aceptar las invitaciones. ¿Es un lugar fascista?, preguntó el viejecillo. No sabría decírtelo, contesté, francamente nunca se me había ocurrido pensar en el asunto en esos términos.

Me levanté deprisa, despidiéndome, y me marché. El taxi seguía parado en el mismo sitio. Entré en el vehículo y dije: Buenas noches, al Tavares, por favor.

Nos conocimos en el internado de las Escravas do Amor Divino de Lisboa. Teníamos diecisiete años. Isabel era un mito para toda la clase, porque provenía del Liceo Francés. Verá, el Liceo Francés, en aquella época, era un lugar de resistencia, allí daban clase todos los profesores que no encontraban acomodo en los institutos estatales por sus ideas antifascistas, e ir al Liceo Francés significaba conocer el mundo, hacer viajes de estudio a París, estar en conexión

con Europa. Nosotros, en cambio, veníamos del instituto estatal, una mierda, disculpe la palabra, donde se estudiaba la constitución corporativa salazarista y los ríos de Portugal, y se dividía en estúpidos pedazos el poema nacional, *Los Lusíadas*, que es un hermoso poema de mar, pero que venía estudiado como si fuera una batalla africana. Porque por aquel entonces teníamos colonias. Pero no se llamaban colonias, se llamaban Ultramar. Bonito nombre, ¿verdad? Y había gente que se había enriquecido con el Ultramar, debo decir que era normal en las familias de las chicas que acudían al internado, todos aguerridos salazaristas, y fascistas de los de verdad, aunque nuestros padres no, me refiero a los míos y a los de Isabel, tal vez fuera por eso también por lo que nos hicimos amigas, por esa identidad común de nuestras familias.

La suya era una vieja familia de la nobleza portuguesa, con el salazarismo no tenían nada que ver, era una familia en decadencia que tenía propiedades en el Norte, en Amarante, donde hacen pan de las formas más extrañas, pero como le acabo de decir era una familia sin dinero y sin poder, las propiedades del Norte estaban todas arrendadas a aparceros o a quinteros y no producían nada. Menudas vacaciones de verano pasamos, Isabel y yo, en su casa de Amarante. No era una casa, era una torre medieval de granito llena de antiguallas y de cómodas que daba al río, y nosotras éramos felices. Qué hermosos eran los veranos, entonces. Isabel llevaba un gran sombrero de paja. El óvalo de su cara quedaba de lo más gracioso con aquel extravagante sombrero que alguno de sus familiares le había traído de un viaje a la Toscana. Y además pintaba. Estaba convencida de que llegaría a ser una gran pintora y pintaba ventanas. Ventanas con las hojas cerradas, ventanas con las hojas abiertas, ventanas con cortinas, ventanas con rejas, pero siempre ventanas como las que hay en el Duero o en el Miño, con esos preciosos postigos de tablones y a veces visillos de lino. Pero no ponía nunca figuras humanas, los personajes estropean el misterio, decía, verás, yo pinto esta ventana que resulta de lo más misteriosa cuando no hay na-

die, pero si pintase a alguien asomándose el misterio se acabaría enseguida, es el veterinario de Amarante, lleva perilla y una redecilla en la cabeza para que no se le revuelva el pelo mientras duerme, se pasa la vida haciendo flexiones al lado de la ventana, sabes que ayer, mientras estaba pintando su ventana, se asomó y se quedó de lo más estirado apoyado en el alféizar, haciendo como que no me veía aunque me veía perfectamente, sólo que tenía los ojos en el cielo con aires de inspiración, evidentemente estaba orgullósísimo de entrar en mi cuadro, pero yo se la juego y no le meto.

Y luego salíamos a pasear. El río, justo a las afueras de Amarante, forma ensenadas donde el agua se estanca y allí se crían las ranas. Nos pasábamos mañanas enteras pescando ranas, aunque en Portugal no se pescan las ranas, porque no se comen, y nosotros habíamos pergeñado un sistema parecido al que usan los chiquillos para cazar lagartijas. Cogíamos un junco fresco, hacíamos un nudo corredizo y luego acercábamos el anillo a la cabeza de la rana, y cuando se movía para dar el salto, zas, la atrapábamos. Por aquel entonces aún no había bolsas de plástico y nosotras llevábamos una pequeña bolsa de redecilla, de las que se usan para hacer la compra, de modo que las ranas sacaban la cabeza por la malla y era todo un espectáculo vernos pasar por Amarante, yo con pantalones e Isabel con su sombrero de paja de Florencia, llevando una bolsa repleta de ranas. La gente pensaba que estábamos chifladas, y eso a nosotras nos gustaba, porque a esas edades gustan cosas como ésas.

Por la noche matábamos a las ranas, aunque ese cometido me tocaba a mí, porque Isabel se negaba. A las ranas hay que cortarles la cabeza con un golpe decidido de cuchillo, y durante unos minutos siguen pataleando así, decapitadas, hasta que la energía vital se detiene. Ves, decía Isabel, si algún día me mato creo que lo haré exactamente así, daré unas patadas en el aire, porque a una persona no se le puede cortar la cabeza, pero siempre se la puede ahorcar, que es una cosa parecida, se dan cuatro patadas

en el vacío y luego buenas noches a todos. Las ranas las cocinábamos a la provenzal, que era como le gustaban a Isabel, porque había estado en Francia con el Liceo Francés, en Arles, y había probado las ranas a la provenzal, con ajo y perejil, y decía que era el plato más rico del mundo. Pero al final no tardamos en cansarnos de comer ranas a la provenzal. Aquellos muslitos inquietantes, tan blancos y tan delicados, casi insípidos, mientras la familia comía cabrito asado y *sopa seca*. Y a esas edades suele tenerse buen apetito. Claro, es fácil mitificar la comida exótica que uno ha probado en la Provenza, pero luego te entra el hambre. Y así empezamos a dejar libres a las ranas por el jardín, y el jardín se llenó, las había por todas partes, en la hierba, en los matorrales, en el estanque de los peces rojos, entre las matas de bambúes.

Por suerte, los padres de Isabel eran personas con sentido del humor, no se preocupaban por aquella invasión, se mostraban siempre alegres, disponibles, comprensivos. Luego murieron en un accidente de coche, pero ésa es otra historia, mejor dicho, la misma historia. Los viernes íbamos a Barcelos, donde se celebraba el mejor mercado de toda la región. Tal vez no pueda usted imaginarse lo estupendos que eran los mercados por aquel entonces, en provincias. O tal vez pueda imaginárselo. Cogíamos un autobús por la mañana temprano que nos llevaba hasta Braga, y desde allí otro autobús a Barcelos. Llegábamos hacia mediodía. Apenas nos daba tiempo para deambular un poco entre las terracotas, sabe, en Barcelos hacen esos gallos colorados de terracota que son el símbolo de Portugal y un montón de otros pequeños objetos de cerámica, muñecotes, figurillas populares, pesebres, bandas musicales, gatos, jarras y platicos, y luego nos íbamos a comer.

Elegíamos siempre tabernas populares, abarrotadas de parroquianos y de vendedores del mercado. Viejecillos y viejecillas que venían de todo el Miño, unos para buscar una gallina, otros para comprar un pato o una vaca, las personas más pintorescas eran los intermediarios, llevaban pañuelos al cuello y bebían vino verde, era gente estupenda,

que se comportaba en la mesa igual que si estuviera en el mercado, gritaban, agitaban los brazos, sudaban. Hacía calor, en Barcelos, y en la taberna se mezclaban los olores de las comidas y el hedor de los animales en la plaza, todo era bonito y nuevo para Isabel y para mí, que nos pasábamos todo el año en una ciudad como Lisboa, y nos sentíamos excitadas, fascinadas por los intermediarios, queríamos comprar algo nosotras también, y un día compramos un cabrito. Era un animalito de lo más tierno, blanco y negro, con un hocico jaspeado y las patas frágiles, nos lo llevamos a casa en autobús metido en una cesta y durante unos días le dimos leche con el biberón, porque no estaba destetado aún. Lo instalamos en el jardín, le hicimos una cabaña de hojas y por la mañana, cuando íbamos de compras por Amarante, nos lo llevábamos con nosotras de la correa. No me demoraré describiéndole cómo nos miraban en aquella pequeña ciudad, yo en pantalones e Isabel con el sombrero de paja de Florencia, ya no llevábamos una bolsa con ranas sino un cabrito de la correa, y por si fuera poco Isabel se empeñaba en comprar en la panadería el pan en forma de órgano viril como lo hacen en Amarante, sólo que ese pan lo compran las criadas para hacer canapés, en cambio nosotras lo comprábamos adrede para que nos vieran y llevábamos la redecilla llena, era un escándalo, todos nos miraban, hasta el veterinario con la manía de la gimnasia dejó de asomarse a la ventana. En resumen, que nos lo pasábamos de miedo.

Y luego los veranos se terminaron. Se terminaron porque nos vimos en la universidad. O, mejor dicho, porque a Isabel se le murieron sus padres. Murieron, como ya le he dicho, en un accidente de coche. En la carretera de Póvoa de Varzim después de comer, después de que el padre de Isabel hubiera comido y bebido mucho. No se supo de quién fue la culpa, porque fue un choque frontal. Pero creo que el padre de Isabel había bebido en exceso, porque le gustaba beber, yo lo conocía. No murieron de inmediato. Estuvieron en coma tres días y luego murieron a la vez, su mujer y él. Es curioso, ¿verdad?, entrar juntos en coma y